

LA LINTERNA MAGICA,

PERIODICO RISUEÑO

por Don Wenceslao Ayguale de Izoa.

JOCOSIDAD, JOVIALIDAD, HILARIDAD.



3.^a Funcion.



—
Sigue abierta la suscripcion á 6 reales por todo el año 1849.

ESCÁNDALO.

—

Con la mayor exactitud remitimos á nuestros suscritores los números de la *Linterna Mágica*, y sin embargo, son inmensas las reclamaciones de los que no la reciben! Si nos fuera permitido el estilo grave, nos habian de oir los sordos al tratar de este escándalo, que no sucede en ningun pais civilizado, pues nada hay tan sagrado como la correspondencia pública, y la mano que la viola debiera ser cortada por el verdugo, para escarmiento de ladrones; pero como hemos hecho promesa de ser siempre festivos, no queriendo que por la miseria de SEIS REALES vayan al infierno gentes de buen humor, á los que tan mal tercio nos hacen, privando á

nuestros suscritores de los números que les remitimos con toda puntualidad, les suplicamos que nos manifiesten sus nombres, y les mandaremos GRATIS la *Linterna Mágica* para que se diviertan sin dedicarse á la espoliacion.

CARNAVAL Y CUARESMA.

—

Creese por lo general que el carnaval concluye con el entierro de la sardina, y este es un error crasísimo.

Verdad es que el miércoles de ceniza, trayendo á colacion aquello de *memento homo quia pulvis est, et in pulverem reverteris*, pone diques al torrente de la locura universal. Verdad es que se acaba la licencia para que toda persona formal pueda correr por las calles vestida de diablo, de musulman ó de oso. Verdad es que ni el símbolo de la gravedad de nuestros antepasados, la empolvada peluca, ni el bordado casacon, ni los guñapos del estudiante, ni el traje de contrabandista, hermanado todo con la indispensable careta, son ya un permiso, como lo eran dias pasados para encajar una desvergüenza al lucer

del alba, pero esto no quiere decir que haya terminado el carnaval.

Hay tres días en el año que llevan este nombre, y en estos tres días no hay formalidad posible. ¡Desgraciado del que encuentra dos amigos



con dominó! Las máscaras y los bailes son los principales elementos que en su bullicioso transcurso satisfacen las generales exigencias.

El pueblo soberano entrégase en estos días á un bullicioso solaz. No parece sino que esté identificado con los siguientes versos:

VAYA AFUERA EL MAL HUMOR
EN ESTE DIA JOVIAL:
VIVA EL GOZO BIENHECHOR
DEL FESTIVO CARNAVAL.

Ya que estos ratos de holgura
dan solaz, fuerza y vigor
al pueblo trabajador,
para aumentar su ventura
VAYA AFUERA EL MAL HUMOR.

Hoy proclama la costumbre
libertad universal;
y la honrada muchedumbre
sacude su servidumbre
EN ESTE DIA JOVIAL.

Prodigue el vil lisonjero
vitores á un opresor;
que el honrado jornalero
solo grita placentero
VIVA EL GOZO BIENHECHOR.

En tanto que el ambicioso
se convierte en criminal,
goza el pueblo laborioso
el júbilo bullicioso
DEL FESTIVO CARNAVAL.

Los bailes de máscara son el imán de los enamorados, el río revuelto donde hallan su ganancia algunos pescadores, hay sin embargo truchas, que lejos de tragarse el anzuelo, hacen caer en sus redes á inocentes pececillos que se llaman barbi-lampiños. También hay ranas que



ocultan su fealdad bajo el dominó y la mascarilla; hay además cocodrilos con papalina, que son las viejas perfolladas, y mamás ballenas que se tragan á los hombres crudos. En una palabra, mas que río revuelto, es el baile de máscaras un mar borrascoso que ocasiona mil naufragios, en los cuales, si hay algun marido que encuentre una sola tabla que le conduzca á puerto de salvacion, puede bendecir su estrella.

El último carnaval de Madrid ha sido fecundo en intrigas amorosas, chascarrillos asaz pesados y lances de honor.

Como si no bastáran las revoluciones, las guerras, el tifus, la gripe, el cólera morbo, las nacionales pulmonías, y los médicos que lle-



van la muerte por tacayo, hay hombres que tienen en tan poca estimacion su vida, que por un

quitame allá esas pajas pretenden ensartarse á guisa de ternera en asador. Esto seria espantoso si por fortuna no hubiese en el mundo almas caritativas que procurasen convertir en sana prudencia los fogosos ímpetus de los matachines, que por lo comun suelen cambiar el sitio de la cita, y si habia de abrirse el palenque en las tapias del Retiro, ó en la pradera del canal, se celebra la lucha en la pastelería suiza ó en la fonda de Perona, donde, ya que la sangre no enrojezca las aguas del Manzanares, el Manzanilla, el Burdeos ó el Champagne, corren á torrentes por los insondables estómagos de ahijados y padrinos.

Con todo, es preciso confesar que no todos los desafíos se convierten en pamplina. Los hay de



espantosas consecuencias, como el que se verificó no sé qué día en no sé qué parte entre don Fulano de Tal y don Mengano de Cual. Es el caso que ambos estaban enamoradísimos de una modesta y virtuosa jóven, que tenia la candorosa amabilidad de corresponder á los dos, con el santo fin de no dejar á ninguno desairado. Este arreglo no era del gusto de ninguno de los rivales y salieron al campo para ventilar el asunto á pistoletazos, que es sin duda un medio muy racional y pacífico; pero como estos valientes eran precavidos y cautos si los hay, se impusieron la condicion de que el sangriento lance se verificase á pistola sin bala, colocados de espaldas el



uno al otro, y con los ojos vendados. Así se llevó á efecto; pero de nada les sirvió su recomen-

dable prevision. Dispararon los dos á la vez y al oír la doble detonacion cayeron entrambos muertos de miedo. Séoles la tierra ligera.

Por lo demás, el carnaval no ha concluido, ni concluirá mientras el mundo exista y haya hombres y mugeres que le habiten; porque el mundo entero no es mas que un gran baile de máscaras, en donde abundan los mascarones entre el bello sexo, hay muchos aficionados á la farándula: los mas tontos se disfrazan de reyes, de duques, condes y marqueses, y llenos de bandas, de cruces y de relumbrones, bailan la danza del oso para hacer reir á la multitud. La aristocracia es la comparsa mas ridicula que hay en este baile. Sus necesidades divierten mucho al pueblo. Hé aqui porque ha dicho Moratin:

*El mundo comedia és,
y los que ciñen laureles
hacen primeros papeles,
y á veces el entremes.*

Pero no olvidemos que estamos en cuaresma y hay que pensar en los ayunos, silicios y rezos á que francamente somos mas aficionados de lo que á primera vista parece, y en prueba de ello, dirigimos al Altísimo la siguiente

PLEGARIA.

Pues en la cuaresma estamos,
esclamemos con fervor:
¡Mea culpa! y repitamos:
¡Misericordia, Señor!

Por la tonta doña Ignacia
que habla de su aristocracia
muy orgullosa y erguida,
y la miserable olvida
que su padre fué aguador,
¡Misericordia, Señor!

Por el niño sin crianza
que vive en eterna holganza,
y con la leche en los lábios
hace burla de los sábios
cuando es el asno mayor,
¡Misericordia, Señor!

Por el jóven pisaverde
que entra en un garito y pierde,
y en su terrible desastre
no puede pagar al sastre
su paletó de castor,
¡ Misericordia, Señor !

Por el libertino viejo
que echándola de cortejo
se gasta su patrimonio
con una... que es un demonio
a pesar del tocador,
¡ Misericordia, Señor !

Por ese necio fachenda
que fué ministro de Hacienda,
y en menos que canta un pollo
chupose todo el meollo
del pueblo trabajador,
¡ Misericordia, Señor !

Por el pobre mentecato
que la echa de literato,
y á fuer de pedante inundo
criticando á todo el mundo
se erige en grave censor,
¡ Misericordia, Señor !

Por su excelencia don Nuño,
vizconde de nuevo cuño,
que hasta los zapatos debe ,



y llama asquerosa plebe
á los artistas de honor,
¡ Misericordia, Señor !

Por la pálida beldad
á quien cierta enfermedad
trocó en cañon de mosquete,
y se dá con colorette
para parecer mejor,
¡ Misericordia, Señor !

Por esa muger tan gorda,
vieja, coja, tuerta, sorda,

con su giba tros la nuca ,
que se arregla la peluca
con mantequillas de olor,
¡ Misericordia, Señor !

Por el padre ex-fray Cornelio
que en lugar del Evangelio
predica guerra civil,
y escribe un papel servil
para ser inquisidor,
¡ Misericordia, Señor !

Por esa muchacha hermosa
que se hace la candorosa
y de los hombres se asusta ;
pero sin embargo gusta
de los piropos de amor,
¡ Misericordia, Señor !

Por el necio poetastro
que se ha lanzado en mal astro
á escribir un melo-drama,



y en los carteles se llama
un aplaudido escritor,
¡ Misericordia, Señor !

Por la viuda que ha perdido
el mas completo marido ,
y llora y se desconsuela
porque otro no la camela
en su angustioso dolor,
¡ Misericordia, Señor !

Por la fea que hace dengues,
cubierta de perendengues,
y entre su velo de encage
lanza un horrible visage
en vez de un guiño de amor,
¡ Misericordia, Señor !

Por esa señora obesa
que á pesar de lo que pesa

como buque se remolca
y aspira á bailar la polka
con ligereza y primor,
¡ Misericordia, Señor !

UN PERSONAGE ELEVADO.

Oyó decir don Ernesto
que en este mundo engañoso
para ser uno dichoso
debe hallarse en alto puesto.

Y sin ver si el calendario
anunciaba tempestad,
hizo la barbaridad
de subirse al campanario.

A su cúspide llegó,
y al topar con la veleta
tomó posicion discreta
y de piernas se cruzó.

Así estaba el majadero
muy satisfecho y formal,
cuando sopló el vendabal
y le arrebató el sombrero.



Y aunque provocaba á risa
desde la elevada altura,

la cándida criatura
calculaba de esta guisa:

«Aquí en esfera tan alta
nada me sirve de estorbo...
Si viene el cólera-morbo,
la ventilacion no falta.

Aquí no llega el murmullo
de los que andan por los lodos...
Estoy mas alto que todos
y esto acaricia mi orgullo.»

Los que ambicionan ser mas
por su tonta elevacion,
la risa y la compasion
merecen de los demás.

LA DESESPERACION.

Don Homo-Bono era una notabilidad. Tocaba el buhsen y el serpenton á las mil maravillas. ¿Habeis oído tocar el piano á Talberg ó Listz, el violoncello á Bohrer ó Comella, el violin á Ole-Bull, la guitarra á Huerta, el tambor á Mr. Chevalier? Pues todas estas celebridades eran chiquillos de la doctrina en parangon de D. Homo-Bono. En diciendo «manos al buhsen ó al serpenton» aquello era lo que habia que oír. El serpenton de D. Homo-Bono parecía un canario; pero ¿qué canario! un canario que desde la pomposa espesura de un álamo florido, saluda al sol amaneciente de un hermoso día de primavera, con gorgeos inimitables y melodiosos trinos. Cuando este envidiable artista (no el canario, sino D. Homo-Bono) empuñaba y soplaba su instrumento, parecía no pertenecer á la raza de miseros mortales. La celestial armonía que sus preñados mofletes destellaban, embargaba los sentidos. D. Homo-Bono hubiera estado en su sitio, entronizado sobre cenicienta nube, presidiendo un coro de ángeles y querubines.

Así no es admiracion
que el mejor de los artistas
hiciese honrosas conquistas

al soplar el serpentón.
 Su vasta reputación
 y talento sin rival,
 á una dama principal
 lanzaron de amor destellos;
 y dobláronse ambos cuellos
 á la coyunda nupcial.

Considerábase D. Homo-Bono el mas dichoso de los maridos..... Siempre que llovía mandaba su esposa poner un puentecillo frente de su casa



para que el afortunado consorte no se ahogara en el arroyo. Mas ¡ay!..... que no hay felicidad duradera en este valle de lágrimas, y cuando el célebre serpentonista contemplaba con mas amoroso arrobamiento las gracias y encantos de su dulce mitad, plúgole á la homicida Parca agitar la afilada hoz para segar en sus mas bellos dias el hilo vital de la adorada esposa!!! Esta catástrofe hizo tan profunda herida en el corazón del marido, que no pudiendo soportar la acerba viudez á que el fatal destino acababa de condenarle, ciego en su desesperación, abre de repente una ventana que daba luz á su alcoba, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, se arroja el infeliz... ¡qué horror! sobre el mullido lecho, y allí sin testigos dá rienda suelta á su dolor, y libre curso á su llanto.

Cada vez que el pobre viudo oía rumor de pisadas, prorumpía en desgarradores alaridos, que iban templándose á la par que el sonido de los pasos se alejaba. Un momento despues... el infeliz roncaba como un aguador.

Preséntase de improviso en la alcoba del infortunado D. Homo-Bono, su amigo predilecto

D. Ambrosio, el íntimo confidente de la difunta, y entonces fué cuando estalló una horrible tempestad de lamentos y sollozos, capaz de enternecer al Convidado de piedra.

Abrazáronse los dos amigos y permanecieron largo rato aullando á duo, sin poder articular una sola palabra, hasta que el copioso raudal de perlas que manaba de los tres ojos de aquellos desgraciado (porque el amigo de D. Homo-Bono era tuerto) aliviando sus doloridos corazones, hizoles recuperar el don de la palabra.

— ¡Ay amigo de mi vida! — exclamó el desgraciado viudo — nadie, nadie conoce mejor que tú todo el peso de mi desgracia. ¡Qué golpe para entrambos!

— Es verdad, amigo mio — repuso el recién llegado — hemos perdido á la mas adorable de las mugeres. Pero ¿cómo ha sido eso? Ayer tan contenta, bailando toda la noche la polka conmigo en las máscaras, y cuando vengo esta mañana á ver si se ha descansado bien, me la encuentro de cuerpo presente! Esto es horripilante.

— Calla por Dios, amigo mio..... Yo me vuelvo loco..... No hay ya atractivo para mí en este mundo.

— Pero ¿cómo ha sucedido tamaña desventura? En el baile estuvo tan alegre.

— Y qué hermosa estaba vestida de vestal! Nuestra presentación en el salón debió de chocar precisamente. Ella tan linda..... tú en traje de Otelo dándole el brazo... Yo detrás con mi elevado casco y mi luciente coraza... hecho un héroe romano.... Un César... un Bruto... ¡Oh! el grupo era magnífico; pero el peso enorme de mi traje consóme en breve, fuíme al ambigú mientras te divertías tú con mi pimpollo, cené perfectamente y me dormí como un cachorrillo, hasta que á las tres me habeis despertado para regresar á casa. No puedes figurarte cuanto me divertí yo en los bailes! Pero.... ya se acabaron todas mis diversiones. Llorar... siempre llorar, no me queda ya otro consuelo.

— Imposible parece que sean tan efímeros los goces de esta vida. Bailar la mazurca á media noche y ser cadáver á las pocas horas!

— ¡Cómo á las pocas horas!..... Un momento antes de morir.... ¿lo creerías, amigo? estaba aun viva. Y de improviso empieza á patear co-

mo un caballo en la plaza de toros... ¡Ay amigo de mi alma! Ya no la oiremos cantar el tango americano! Esto es espantoso... Lloremos, corazon, lloremos! ¡Qué muger; Ambrosio de mi alma, qué muger hemos perdido! Era mucho cuento.... Los militares se morian todos por ella.... Siempre habia sido aficionada á las casacas de colores. Hacia el manejo del arma como un veterano... ¡Y qué desinteresada! Con qué garbo me gastaba el dinero! Cuando saliamos á pasear por las calles, y esto era casi todos los dias, daba gusto verme con tanto fardo debajo de los brazos. Cada dia un par de guantes de casa Dubost. Y no pasábamos por frente de la peluquería de Fortis, que no viniese yo á casa con todos los bolsillos exhaustos de fondos y repletos de botes de pomada y frasquitos de esencias olorosas. Para todo tenia habilidad... Por lo que respecta á la música, aventajaba á la profesora mas consumada, y empezaba ya á tocar el serpentón con una gracia... A mí se me caía la baba al contemplar sus hechizos... ¡Niña de mis ojos!... Te he perdido para siempre!... Pero no, no.... quiero seguirte... Dime, Ambrosio, tú que has sido siempre mi buen amigo, ¿qué debo hacer en tan terrible trance?

—Escucha—le dijo don Ambrosio en tono solemne, y asándole del brazo, arrimó al oído del viudo su inhumana boca para pronunciar estas sangrientas palabras:

—Debes matarte, y hacerme tu heredero.

—Es verdad—repuso don Homo-bono—pero ¿de qué modo?

—Pegándote un tiro.

—Es poco.

—Pues dos.

—Así lo haré.

Y el infeliz cargó convulsivamente un par de pistolas.

—Ya estoy pronto. ¿Qué hago ahora?

—El testamento, despues te apuntas á las sienes y te haces saltar la tapa de los sesos.

—Es poco.

—No sé que mas puedas hacer.

—Pues yo sí. La tapa de los sesos es poco, lo repito... Yo voy á hacerme saltar la tapa de la tapa de los sesos.

Y como impelido por un acceso de desespera-

ción escribió su testamento, apuntó las dos pistolas á la tapa de la tapa de los sesos y escl-



mando: *Recibe, esposa, mi última ovacion, oyéronse dos detonaciones, y vióse volar mortalmente herido el sombrero de don Homo-Bono.*

No acabaron aquí las tristes consecuencias del dolor y desesperacion del infortunado viudo. Pocos dias despues.... No me atrevo á referirlo....

Oigo que mis lectores preguntan:

—¿Se volvió loco?

—Peor.

—¿Se murió?

—Repeor.

—Se degolló.

—Peor que repeor.

—Se estranguló.

—Repeor que repeor.

—Se tiró al canal?

—Mas repeor que mas repeor.

—Qué hizo, pues, á los pocos dias?

—Horrorizaos, lectores..... ¡¡¡Volvió á casarse!!!

Y hubo en el barrio bullanga
con sonido de cencerros,
y hubo ladridos de perros,
coplas de ciego, y charanga.

Mas el infernal ruido
daba aliento á entrambos novios,
que aliviaban sus agobios
en los brazos de Cupido.

Y de este lance se infiere,
que un dolor, el mas profundo,
halla alivio en este mundo
y... ¡ay del tonto que se muere!



REMITIDO.

Á UNA MOSA É CALIÁ.



¡ Puñalá! vaya un meneo
y ese taye? ¡Rechuchú!
ven que te abrazo ¡churrú!
¡ alsa que me bamboleo,
viva el salero andalú!

Por ver tu cuerpo salao
pierdo la corria é Santiúcar,
¡jui! me tiene espírrabao,
que eso es un terron de asucar
con la canela amasao.

Al dicar tus meneones
me ensalmo tó y me descrismo,
y al ver tus sacais gachones
me se baja to el bautismo
rosado hasta los talones.

Ande ese cuerpo entayao,
quiera Dios que en ese altá
diga yo misa... ¡ Ahí está!
viva el aquel bien plantao
de una mosa é caliá!

¡ Quién me isputa este pimpoyo,
ni su grasia que es de almiba?
venga un jaque, ¡ voto á Criba!
y en menos que canta un poyo
le pongo patas arriba.

Hoy le diñé á Juan Pelao
un navajaso... ¡ qué asombro!
que le entré el braso jorgao,
la cabesa, etrás el hombro

y me salí al otro lao.

Un dia me eché á peledá
con dos ú tres regimientos,
y pegué tal puñalá
que ensartó quince sargentos
y un cabo que estaba etrá.

Y to por tí, resalá,
porque se sabe aquí amá;
pero un lechuguino tieso
con to su estirao pescueso
tan solo sabe engañá.

¡Jé! largo, ¿lo oye on jili?
ó le embuto la moyera
en la paré que está ahí,
y le ejo la naris juera
pa colgarle ó osté el candi.

Solo al aire de tu ropa
á uno se le vá su pena.
Y si á dicar, chacha, topa
tu pinré ¡jui! ¡ en tu popa
quien se embarcára, morenal

Vaya una sandunga ¡olé!
¡ay que te diqué, Curriya!...
No jué na, perdone osté,
solo ví la pantorriya
y me jundi ¡chachipel!...

A. ALCALDE VALLADARES.

MADRID 1 MARZO 1849.—Imprenta de D. W. Ayguals de Izco.